
PRIMERA PUÑALADA AL NACIONALISMO

*Recopilación de textos anarquistas
contra el nacionalismo*



Primera puñalada al nacionalismo

*Recopilación de textos anarquistas
contra el nacionalismo*

enero 2018

Índice:

Introducción	pág 5
Patria y humanidad	pág 8
La patria	pág 11
El Nacionalismo como religión política	pág 18
Multiculturalismo, capitalismo y nacionalismo	pág 24
Espacio, territorio y cultura	pág 27
Nación y nacionalismo: el atractivo manjar envenenado	pág 29
Extractos de “El persistente atractivo del nacionalismo” de Fredy Perlman	pág 34
Diferencias entre nacionalismo y anarquismo	pág 36
Cataluña dentro del movimiento populista	pág 39
Algunas consideraciones sobre la situación actual en Cataluña y la actuación de las anarquistas	pág 48
Sobre el procés, patria, independencia y estado	pág 52

Introducción

Una vez mas ha vuelto a pasar. A estas alturas no deberiamos sorprendernos. Vivimos un proceso de aumento de la represión, la explotación y la misera material. Y otra vez la burguesia ha conseguido canalizar la rabia que todo eso podía llegar a generar. Se nos han vuelto a adelantar. Después del 15M, han rescatado un antiguo canto de sirena, apto para revoltosos y acomodados, con capacidad de seducir tanto a la más aguerrida militante revolucionaria como al casposo más reaccionario que te puedas imaginar.

Damas y caballeros, permitannos presentarles al nacionalismo.

El nacionalismo es joven. Sabemos que no lo parece. Si echamos la vista atrás, parece que lleva con nosotros desde el principio de los tiempos. De hecho, eso es lo que sus amigos más cercanos quieren que creamos. Sin embargo, nosotros sabemos que nació hace poco en el seno de una familia numerosa pero muy bien estructurada. Sus amorosos padres son el Estado y el Capitalismo, que decidieron engendrarlo cuando su hermana la burguesía accedió al poder.

El nacionalismo es atractivo. Tiene un *je ne sais quoi* que engancha, que gusta tanto a propios como extraños. Su última gran hazaña a sido atraer a la izquierda, que tradicionalmente ha apoyado el internacionalismo. La verdad, es que si nos ponemos a pensarlo, no se ha conformado solo con eso. Ha conseguido que ciertos sectores de lo que la gente llama “izquierda radical” apoyen cosas que hace tiempo nos hubiese costado creer, como a

los mossos. O que veamos a anarquistas llamando a votar en un referéndum, o defendiendo la democracia.

El nacionalismo es oportunista. Llegado el momento no dudará en dejar de lado a toda la gente que ha conseguido que le apoye. Todas las oprimidas y explotadas que ahora mismo se llenan la boca con la “independencia” o la “unidad de España”, siguen sufriendo las consecuencias de la existencia del capitalismo y el estado. Y las seguirán sufriendo si Cataluña se independiza. O si España mantiene su sacrosanta unidad.

Una vez dicho todo esto sobre el nacionalismo, nos hemos dado cuenta de que no nos gusta. No solo eso, sino que hemos comprendido que es nuestro enemigo y que tenemos que librarnos de él. Le queremos muerto y enterrado. Esperamos que estos textos puedan ser la primera puñalada de muchas que le conduzcan a morir.

No queríamos irnos sin dedicarle unas palabras a Rodrigo Lanza, preso recientemente a consecuencia de la muerte de un neonazi en Zaragoza. Preso como consecuencia del aumento del nacionalismo del Estado Español, que no ha dudado en utilizar su caso para apuntalar, reafirmar y reforzar su propio nacionalismo frente al catalán. Porque la lucha contra el fascismo siempre es autodefensa, te mandamo mucha fuerza y apoyo, compañero.

Patria y humanidad

Élisée Reclus. Publicado en el
Periódico Anarquista Tierra y libertad Diciembre de 2014

La cuestión -si el patriotismo es incompatible con el amor a la humanidad- no puede tratarse sin una definición preliminar.

¿Qué es el "patriotismo" tomado en el sentido verdaderamente popular, subentendido en toda fraseología? Es el amor exclusivo a la patria, sentimiento que se complica con un odio correspondiente contra las patrias extranjeras. ¿Y qué es la patria? Un territorio grande o pequeño, netamente delimitado por fronteras de origen diverso, obstáculos naturales, barreras artificiales o simples líneas trazadas según la voluntad de alguno, antes sobre el papel, después trasladadas al terreno.

Partiendo de estas definiciones que ciertamente responden a la idea general de los pueblos interesados, tal cual es por lo demás sancionada triplemente por la diplomacia, por el régimen militar y por el sistema fiscal, se debe reconocer que la patria y su derivado, el patriotismo, son una deplorable supervivencia, el producto de un egoísmo agresivo que no puede conducir más que a la ruina de las mejores obras humanas y al exterminio de los hombres.

Pero el pueblo es sencillo, y bajo esa palabra "patria" se le han dado a entender mil cosas dulces y bellas que no implican en manera alguna la división de la tierra en parcelas enemigas.

El suave perfume de la tierra natal, las figuras sonrientes de los viejos que nos aman, los recuerdos queridos de estudio y de investigaciones con compañeros atrevidos, las obras emprendidas en común en la juventud y sobre todo la fábula que resonó primero en nuestro oído, y en la que hemos

escuchado las palabras que han decidido nuestra vida, todo esto es herencia natural de todo hombre en cualquier parte del mundo en que esté situada su cuna, todo esto es anterior a la idea de una patria limitada, y es puro sofisma querer coligar estos sentimientos con la existencia de un polígono efímero cortado sobre la redondez de nuestra planeta.

Hay al contrario completa oposición entre estas primeras impresiones que nos ligan a la tierra y a la sociedad humana y todas las líneas de división que impiden la libre formación de los grupos humanos y que intentan limitar lo que por la naturaleza de las cosas es indisciplinable, la simpatía de los hombres entre sí, su espíritu de mutua benevolencia y de solidaridad.

Históricamente, la patria fue siempre mala y funesta. Fue siempre un dominio, reivindicado como propiedad exclusiva por un amo absoluto, o bien por una banda de amos organizados en jerarquía, o, como en nuestros días, por un sindicato de clases privilegiadas y dirigentes. Siempre, por mucho que nos remontemos en el pasado, hallamos que los ciudadanos pacíficos han debido, en nombre de una patria de fronteras siempre diversas, trabajar, pagar y combatir, siempre oprimidos por los parásitos, reyes, señores, guerreros, magistrados, diplomáticos y millonarios. Y fueron esos parásitos en lucha con otras bandas de haraganes los que han marcado las barreras de separación entre pueblos vecinos, hermanos a causa de los intereses comunes. Para defender o ensanchar esos límites absurdos se han sucedido las guerras a las guerras: era preciso que los mojones limítrofes fuesen plantados entre cadáveres, como en un tiempo las puertas de las ciudades.

En nuestros días, las fronteras son más funestas que nunca, aun cuando son más a menudo atravesadas, porque son conservadas más metódica, más científicamente que en el pasado con fortificaciones, puestos de aduana, guardias móviles. Si el comercio consigue penetrar bajo el impulso de necesidades vitales, ocurre sólo después de largas explicaciones entre los Estados y la construcción de grandes obras militares. La zona de separación es tabulada en toda su longitud; y con maquinaciones incesantes, con la ayuda de verdaderos crímenes, se suscitan odios tremendos a ambos lados de la frontera ficticia, trazada a lo largo de algún arroyo entre los bosques y los prados.

Y casi diré que hay de escandaloso este hecho, que en el siglo de las locomotoras y de los motociclos de toda especie no hay más que una línea ferroviaria entre Francia y España, y ni siquiera una carretera viable a través

de los Pirineos. A pesar de la Geografía, no se quiere que las dos naciones sean vecinas, no se quiere que, cesando de ser patrias diversas, se conviertan en un solo país de una misma familia unida.

El vasto mundo nos pertenece y nosotros pertenecemos al mundo. Abajo todas las fronteras, símbolos de dominación y de odio. Tenemos prisa por poder abrazar al fin a todos los hombres y llamarnos sus hermanos

La patria

Anselmo Lorenzo

Hablemos de la patria: es esta una idea muy manoseada; progresistas, estacionarios y regresivos, es decir, los que van adelante, los parados y los que vuelven atrás, tienen de la patria muy diversos conceptos; y por si acaso falta algo para embrollar la cosa, hasta los indiferentes, los neutros, los pancistas se mezclan como queriendo dar a entender que se puede tener o dejar de tener opinión sobre asuntos importantes de la vida, del universo o de la muerte, pero la patria es intangible y que sobre este asunto no cabe más que ser patriotas.

En la vida de la humanidad, la patria es una institución pasajera, obra transitoria de la evolución progresiva, albergue de una noche que se abandona al día siguiente para continuar la marcha hacia el ideal.

No tienen razón los llamados patriotas; y lo menos malo que puedo decir de ellos es que se dan ese título por rutina, sometidos a una sugestión inconsciente; y si se atreven a replicarme que tienen certeza en su sentimiento y en su pensamiento patriótico, diré con Spies, aquel gran anarquista a quien honró la horca republicana de Chicago elevándolo a la categoría de mártir de la humanidad: «¡El patriotismo es el último refugio de los infames!». Y esto lo dijo a propósito de que Grinnel representante del poder judicial, ya excitaba el celo de aquel ignominioso jurado que le sentenció invocando el patriotismo para que matara injustamente, a sabiendas, bosquejando un pensamiento que para mengua de España en español se formuló en las alturas de Montjuich con estas palabras: «Es preciso cerrar los ojos a la razón».

Según los lexicógrafos, patria y patrimonio, la una país donde se nace, y el otro bienes que proceden de los padres, son ideas que tienen por origen

etimológico la palabra padre. Por tanto, a lo menos en el pensamiento de los inventores de la palabra, respecto de la patria todos los que en ella nos cobijamos somos hijos, y respecto del patrimonio somos hermanos.

Así quieren hacernos creer que es de los que la definen cuando se trata del cumplimiento de deberes, o sea las obligaciones que como tales quieren imponérsenos.

Sólo diré que de padre, hijos y hermanos, en esto de la patria, bien sabéis o debéis saberlo, tenerlo presente y no olvidarlo jamás mientras vivamos bajo el régimen de la actual sociedad, no queda más que el nombre, y sobre la interpretación que de ella den los charlatanes del patriotismo y sobre la interpretación que cada uno quiera darle cuando la preocupación patriótica le empuje a dar sentido común a lo que esencialmente carece de él, no queda de positivo más que esta interpretación: la patria es la propiedad, y el único que tiene el deber de ser patriota, porque es el mayorazgo o el hereu social, es el propietario.

Siendo así la patria -y así es por error tradicional que consagran las leyes y las instituciones que se contienen en esa triple caja que se llama Nación, Patria, Estado-, por el poder coercitivo que el Estado da a lo erróneo y a lo injusto, queda el patrimonio nacional como un lote de rapiña en estado de usufructo para los unos y de herencia para los otros, y mientras los trabajadores nos hallamos despojados y desheredados, el propietario resulta único patriota de hecho, y es también el único que racionalmente puede envanecerse con el título de ciudadano. Yo, por mi parte, lo declaro, renuncio a él, no le quiero y le rechazo si alguno me le aplica por rutina y contra mi voluntad: todos los derechos políticos que el título de ciudadano pudiera, no otorgarme, sino reconocerme, porque mis derechos son parte integrante de mi personalidad están anulados por ese registro de la policía que tiene mi libertad a merced de un funcionario burdo, sin instrucción de los que el Estado paga a más bajo precio sin duda en relación de la clase de servicio que de él espera y que ya dos veces me ha arrancado de mi lecho, me ha separado brutalmente de mi familia y me ha encerrado en un calabozo. Aunque quisierais pasar por ciudadano yo no os lo llamaré, antes daré ese ya deshonrado título al burgués que nos explota, al casero que nos planta en la calle, al comerciante que nos sisa, al polizonte que nos encierra, al político que procura embabiecarlos y hasta el cura que saca su ración con la cuchara del presupuesto o bendice por dinero al que reclama sus servicios.

No lo he inventado yo, ni tampoco he de citar en mi apoyo pensamien-

tos de demagogos insolventes: «El hombre es anterior y superior al ciudadano», y a eso me atengo. Por lo pronto ahí queda ese pensamiento de Renan. Ahora va este otro de Marmontel, célebre literato francés anterior a la revolución: «En la boca de los opresores del pueblo y de tiranos ambiciosos es donde principalmente retumba la palabra patria». Y el famoso Mirabeau escribió: «La patria, para aquel que nada posee, no es más, porque los deberes son recíprocos».

Y todo eso es claro como la luz del día, porque como dice Détré en *L'Humanité Nouvelle*, en resumen, «para aquellos que, masones o jesuitas, nobles o burgueses, poseen, gobiernan, mandan o aspiran a mandar, conservando las instituciones actuales, la patria es su interés particular, el interés de su clase o de su casta, sus bienes sus dignidades, sus títulos, sus empleos y la moneda de cien perras». Por eso se comprende que el general Savary en 1814, en vez de correr con el extranjero invasor, haya podido exclamar: «Más temo que yo a los cosacos de nuestros barrios bajos que a los cosacos del Don», y que después de la rendición de París, el general Ducrof haya osado decir ante la asamblea de Burdeos: «Si me batí en retirada en Champigny, fue porque temí un movimiento demagógico en París, y quise reprimirle».

¡Patria, patria; tierra de los padres! ¡Qué burla más sangrienta para el hombre despojado de la tierra, de casa, de ciencia; privado de higiene; falto de educación; reducido al salario y forzado aún a ser defensor y sayón de sus dominadores!

Concretándome ahora, acerca de la idea de patria, a lo que ésta sea respecto de la península que habitamos, he de hacer observar que la patria es elástica según las vicisitudes históricas; se estira o se encoge a compás de las peripecias que ocurren a sus dominadores: unas veces un rey débil que tiene por vecino otro rey, quiere ganar fama de pincho real o de conquistador glorioso, ve sus fronteras atropellada, y firma la paz dejando entra las uñas de su primo -sabido es que todos los reyes se llaman primos entre sí, aunque los primos seamos los que los aguantamos-, dos o tres provincias, sino le despoja por completo del reino, importándole tres cominos el derecho divino del despojado y el patriotismo de los vasallos que cambian de amo; otras veces se recorta un cacho de patria, como si esta operación se practicara con una tijeras sobre un mapa, y se le da en dote a una princesa fea que no encontraría novio sin esa ganga, y así van tierras y habitantes a la real alcoba a soportar esa cabronada patriótica; ha habido ocasiones en que la patria era tan pequeña que cabía en una cueva de las montañas de Asturias, necesitando la historia, para explicar el hecho, inventar el milagro camama

del Covadonga; en cambio ha habido otras en que el sol no se ponía en los dominios de un hombre taciturno y de mal corazón llamado Felipe II, y entonces fue necesario glorificar las sangrientas usurpaciones de criminales aventureros como Pizarro y Hernán Cortés, etc.; según en que épocas, todos los que hoy se llaman españoles eran recíprocamente compatriotas o extranjeros, y podrían encontrarse luchando como compañeros de armas en el mismo campo o en otros diametralmente opuestos, porque aquí las patrias han cambiado de un modo asombroso; de tal manera que si en un mapa de España hubieran de trazarse todas las fronteras que han existido, parecería un pliego de patrón de modas en que para aprovechar el papel se trazan todas las piezas de un vestido complicado, formando tal enredo de líneas que apenas se entiende la modista. Hemos sido todo lo que hay que ser: celtas, celtíberos, cartagineses, romanos, godos, visigodos, vándalos, suevos, alanos, hunos, árabes, según nuestros dominadores antiguos; y según las regiones, nos hemos considerado nacionales, catalanes, aragoneses, navarros, castellanos, valencianos, andaluces, de no se cuantos reinos; respecto de religión, aquí se ha adorado todo, siendo por turno paganos, mahometanos, arrianos, cristianos, católicos o protestantes; es decir, enemigos siempre, según el gusto del mandarín de época o de lugar. Excusado es decir que si tales enemistades han existido entre los que antiguamente formaban el personal de los que hoy somos teóricamente hermanos por hallarnos, no diré cobijados, sino encerrados en las actuales fronteras, enemigos eran nuestros antecesores con todas las patrias del mundo.

Refiriéndome ahora a lo que las patrias anteriores han dado de sí y a lo que de los españoles ha hecho la patria actual, creo oportunas las consideraciones siguientes:

Si España en lo pasado ganó o se le concedieron brillantes calificativos, en lo actual a todos ellos ha de anteponer un ex que indica que los antiguos merecimientos se hundieron en el abismo de la decadencia.

De noble, leal, generosa, emprendedora, heroica, inteligente, artística; etc., califican a esta nación historiadores nacionales y extranjeros, y el nombre español va unido a grandes acontecimientos y a importantes progresos de la humanidad, pero en los tiempos que corremos he aquí el juicio que nuestra situación inspira a un escritor francés, que viene a ser como el eco de la opinión de Europa y América:

«La única salvación para España consiste en la inmigración de una raza superior, habituada a los grandes negocios mercantiles e industriales y apta para beneficiar los productos del suelo y del subsuelo».

Por si esta opinión pareciese exagerada, véase lo que escribe un médico barcelonés:

«... Las tristes desgracias de nuestra desventurada patria, han despertado generosas iniciativas de regeneración, pero... el pero es siempre dubitativo, tenemos que las tales iniciativas no germinarán en nuestra España, porque este pueblo español es un pueblo enfermizo, débil, enclenque, extenuado por su pésima administración pública, que le priva de lo más indispensable a su vida, le priva del amparo de la higiene. El pueblo español come poco y mal. En las grandes ciudades habita lugares insanos en habitaciones pequeñas en inverosímil hacinamiento. La ciencia sanitaria es lamentable olvido, es causa, no solamente de la excesiva mortalidad que se observa en la mayoría de las ciudades de España, sino que causa también de una espantosa morbilidad, hasta tal punto evidente, que el tipo español es un tipo enfermizo caracterizado por el color pálido de sus tegumentos, su poca estatura y sus menguadas fuerzas físicas».

La degeneración está, pues, en la masa de nuestra sangre; sangre de cura, de fraile, de mendigo, de torero, de rufián, de burgués, de explotado; que es a lo que el privilegio ha reducido las de los héroes, los sabios y los artistas españoles; considerando además; de acuerdo con españoles inteligentes de los pocos que aún restan, según queda patentizado, que todos los propósitos regeneradores que se lanzan a la publicidad, por buenos que parezcan, serán letra muerta si no se abandona de una vez el laberinto de preocupaciones en que nos enredamos, y si no conseguimos que del fondo de ignorante pesimismo en que yace la desmayada voluntad, se yerga enérgica y entusiasta la dignidad humana que aspire a la centralización del ideal.

Digámoslo francamente: es régimen nacionalista es incompatible con la libertad; lo de la reforma con el cambio de monarquía a república es como la bendición de un curandero para curar la tisis, y en ese régimen y con ese cambio, la aplicación de cuantas iniciativas surjan de la ciencia serán impedidas por el maüser de Silvela o por el tiro limpio de Moret, que son los polos sobre que gira la sociología de la restauración monárquica española, y como lo demuestra la práctica en todas las repúblicas y lo confirman las declaraciones que hizo Pi y Margall en su libre *La República de 1873*, quien refiriéndose a su paso por el poder escribió estas palabras memorables, impregnadas de autoritarismo: «Apenas puse los pies en el ministerio de la Gobernación, empecé a recibir noticias de haberse destituido ayuntamientos y establecido juntas revolucionarias en muchos pueblos de la penín-

sula... Di al punto las más apremiantes y severas órdenes para disolver las juntas y reponer los ayuntamientos. Hice que se amenazara con la fuerza a los que se negaron a obedecerlas, y casi sin hacer otra cosa que enseñar a los más rebeldes las bayonetas del ejército, logré en días el restablecimiento del orden».

Hay que desengañarse: una nación ha de estar siempre bajo el poder de un Poncio, ora pretenda ser representada de un supuesto ser supremo que tiene por trono panteísta el universo sin fin donde le colocó la cándida imaginación de los místicos, o bien se atribuya la representación de ese pueblo soberano que es una infinidad de moléculas sin solidaridad ni cohesión, y por tanto sin personalidad positiva, por donde se va a parar a que no hay tal representación, y lo que se denomina tal no es más que una farsa manifiesta, llegando a caerse en la cuenta de que derecho divino y derecho democrático son dos fases de una misma falsedad, la llamada mentira política, y en este concepto, realista, absolutista o republicano federal, tanto monta; para mí como si fueran correligionarios; podrá separarlos la aspiración a la mayor o menor cantidad de autoridad; pero ambos me niegan mi libertad absoluta, ambos desconfían de mi suficiencia moral, ambos son continuadores y como sucesores directos de aquel primer legislador de maldita memoria que mandó que un trozo de tierra que limita por Norte, Sur, Este y Oeste, con tales otros trozos, es propiedad exclusiva de de Fulano de Tal, y de aquel pedazo de mundo que es suyo, puede arrojarme a la fuerza y sólo me permitirá pisarle para trabajarle mediante un jornal, hoy que dicen que soy ciudadano de una nación libre, y mediante la pitanza a mis antepasados, cuando eran siervos o esclavos; ¡maldita pitanza, maldito jornal, maldita propiedad y no menos abominable ley y el régimen nacionalista que sostiene la causa de tantas maldiciones! Sí; correligionarios son todos los políticos, correligionarios aún esos tráfugas de la emancipación obrera, esos socialistas que quieren un Estado obrero que llevará consigo todas las abominaciones que son esenciales al Estado, y que van hoy a los comicios, esperando llegar a los ministerios, desde donde impondrán el credo oportunista a los hambrientos, y así, mientras habrá ex-obreros hartos y lustrosos que hagan apuntar el maüser garantía contra sus hermanos, irá rodando la bola como rueda de la jaula de la ardilla, que voltea en pura pérdida sin moverse del punto donde está sujeto su eje.

Resulta, pues, que si la abstracción paternal con que quiere encubrirse la idea de patria no distribuye equitativamente sus beneficios; si ante la posesión del patrimonio nacional no somos todos hijos ni hermanos; si el título de ciudadano y el calificativo de patriota han de comprender sin

diferencia de ninguna clase a los que se hallan tan gravemente diferenciados, como que los unos son herederos favorecidos del mundo y viven en las alturas de la vida, a expensas de las privaciones y de los sufrimientos de los otros, pobres desheredados que se arrastran por los abismos de la miseria, y si la revolución social que venimos efectuando deja rezagados a todos los políticos del mundo, empeñados en el absurdo de echar vino nuevo en odres viejos, no queda más recurso que derribar las cuatro paredes que sirven de frontera a las naciones, abandonar el albergue de una noche, despabilarse revolucionariamente, y caminar.

El Nacionalismo como religión política

Nacionalismo y Cultura. Rudolf Rocker, 1936
Libro primero, Capítulo XV

La idea de la nación -dice el filósofo poeta indio Tagore- es uno de los medios soporíferos más eficaces que ha inventado el hombre. Bajo la influencia de sus perfumes puede un pueblo ejecutar un programa sistemático del egoísmo más craso, sin percatarse en lo más mínimo de su depravación moral; aún más, se le excita peligrosamente cuando se le llama la atención sobre ella.

Tagore denominó a la nación como egoísmo organizado. La calificación ha sido bien elegida; sólo que no se debe olvidar nunca que se trata aquí siempre del egoísmo organizado de minorías privilegiadas, oculto tras el cortinaje de la nación, es decir, tras la credulidad de las grandes masas. Se habla de intereses nacionales, de capital nacional, de mercados nacionales, de honor nacional y de espíritu nacional; pero se olvida que detrás de todo sólo están los intereses egoístas de políticos sedientos de poder y de comerciantes deseosos de botín, para quienes la nación es un medio cómodo que disimula a los ojos del mundo su codicia personal y sus intrigas políticas.

El movimiento insospechado del industrialismo capitalista ha fomentado la posibilidad de sugestión nacional colectiva hasta un grado que antes no se hubiera siquiera soñado. En las grandes ciudades actuales y en los centros de la actividad industrial viven millones de seres estrechamente prensados, privados de su vida personal, adiestrados sin cesar moral y espiritualmente por la prensa, el cine, la radio, la educación, el partido y cien medios más, en un sentido que les hace perder su personalidad. En los establecimientos de la gran industria capitalista el trabajo se ha vuelto inerte y automático y ha perdido para el individuo el carácter de la alegría creadora. Al convertirse en vacío fin de sí mismo ha rebajado al hombre a la cate-

goría de eterno galeote y le ha privado de lo más valioso: la alegría interior por la obra creada, el impulso creador de la personalidad. El individuo se siente solo como un elemento insignificante de un grandioso mecanismo, en cuya monotonía desaparece toda nota personal.

Se adueñó el hombre de las fuerzas de la naturaleza; pero en su lucha continua contra las condiciones externas se olvidó de dar a su acción un contenido moral y de hacer servir a la comunidad las conquistas de su espíritu; por eso se convirtió en esclavo del aparato que ha creado. Es justamente esa enorme carga permanente de la máquina lo que pesa sobre nosotros y hace de nuestra vida un infierno. Hemos perdido nuestro humanismo y nos hemos vuelto, por eso, hombres de oficio, hombres de negocio, hombres de partido. Se nos ha metido en la camisa de fuerza de la nación para conservar nuestra característica étnica; pero nuestra humanidad se ha esfumado y nuestras relaciones con los otros pueblos se han transformado en odio y desconfianza. Para proteger a la nación sacrificamos todos los años sumas monstruosas de nuestros ingresos, mientras los pueblos caen cada vez más hondamente en la miseria. Cada país se asemeja a un campamento armado y acecha, con miedo y mortífero celo, todo movimiento del vecino; pero está dispuesto en todo momento a participar en cualquier combinación contra él y a enriquecerse a costa suya. De ahí se desprende que debe confiar sus asuntos a hombres que tengan una conciencia bien elástica, pues sólo ellos tienen las mejores perspectivas de salir airosos en las eternas intrigas de la política exterior e interior. Lo reconoció ya Saint Simon cuando dijo:

Todo pueblo que quiere hacer conquistas está obligado a desencadenar en sí las peores pasiones; está forzado a colocar en las más altas posiciones a hombres de carácter violento, así como a los que se muestran más astutos. (Saint Simon, "Du Systeme industrial", 1821)

Y a todo esto se agrega el miedo continuo a la guerra, cuyas consecuencias se vuelven cada día más horribles y más difícilmente previsibles. Ni los tratados y convenios mutuos con otras naciones nos alivian, pues se conciertan con determinados propósitos, ocultos generalmente. Nuestra política llamada nacional está animada por el egoísmo más peligroso; y por esa misma razón no puede nunca conducir a una disminución o a un arreglo integral, por todos anhelado, de las divergencias nacionales.

Por otra parte, hemos desarrollado nuestros conocimientos técnicos hasta un grado capaz de influir y estimular de modo fantástico en nuestra imaginación; pero sin embargo, el hombre no se ha vuelto por ello más

rico, sino cada vez más pobre. Toda nuestra economía ha caído en un estado de constante inseguridad, y mientras se abandonan al exterminio de una manera criminal valores por millones y millones, a fin de mantener los precios al nivel más conveniente, viven en cada país millones de seres humanos en la miseria más espantosa y sucumben vergonzosamente en un mundo de superabundancia y de supuesta superproducción. La máquina, que debía haber aliviado el trabajo del hombre, lo ha hecho más pesado y ha convertido poco a poco a su propio inventor en una máquina, de tal modo que debe adaptar cada uno de sus movimientos a los de las ruedas y mecanismos de acero. Y, como se calcula la capacidad de rendimiento del complicado mecanismo hasta lo más ínfimo, se calcula también la energía muscular y nerviosa del productor viviente de acuerdo con determinados métodos científicos, y no se comprende, no se quiere comprender, que con ello se le priva del alma y se mutila profundamente su dignidad humana. Hemos caído cada vez más bajo el dominio de la mecánica y sacrificamos la existencia humana viviente ante el altar de la monotonía de las máquinas, sin que llegue a la conciencia de la mayoría lo monstruoso de ese comienzo. Por eso se pasa por sobre estas cosas generalmente con tanta indiferencia y frialdad como si se tratase de objetos inertes y no del destino humano.

Para conservar ese estado de cosas ponemos todas las conquistas técnicas y científicas al servicio del asesinato en masa organizado; educamos a nuestra juventud para asesines uniformados; entregamos los pueblos a la torpe tiranía de una burocracia extraña a la vida; ponemos al hombre desde la cuna a la tumba bajo la vigilancia policial: levantamos en todas partes prisiones y presidios y poblamos cada país de ejércitos enteros de confidentes y espías. Semejante orden, de cuyo seno enfermo brotan continuamente la violencia brutal, la injusticia, la mentira, el crimen y la podredumbre moral como gérmenes venenosos de endemias devastadoras, ¿no convencerá poco a poco, incluso a los espíritus más conservadores, de que se compra a precio demasiado elevado?

El dominio de la técnica a costa de la personalidad humana, y especialmente la resignación fatalista con que la gran mayoría se acomoda a esa situación, es también la causa por la cual es más débil en el hombre de hoy la necesidad de libertad, siendo sustituida en muchos por la necesidad de seguridad económica. Ese fenómeno no debe extrañarnos; todo nuestro desenvolvimiento ha llegado hoy a un punto en que casi todo ser humano es jefe o subalterno, o ambas cosas simultáneamente. Por ese medio ha sido fortalecido el espíritu de la dependencia; el hombre verdaderamente libre no está a gusto ni en el papel de superior ni en el de inferior y se

esmera, ante todo, por desarrollar sus valores internos y sus capacidades personales de una manera que le permita tener un juicio propio en todas las cosas y le capacite para una acción independiente. La tutela continua de nuestra acción y de nuestro pensamiento nos ha debilitado y nos ha vuelto irresponsables. De ahí justamente proviene el anhelo de un hombre fuerte que ponga fin a toda miseria. Ese afán de un dictador no es un signo de fortaleza, sino una prueba de nuestra inconsistencia interior y de nuestra debilidad, aun cuando los que la ponen de manifiesto se esfuerzan a menudo por aparecer como firmes y valerosos. Lo que no posee el hombre mismo es lo que más codicia. Y como se siente demasiado débil pone su salvación en la fortaleza ajena; porque somos demasiado cobardes o demasiado tímidos para hacer algo con las propias manos, y forjar el propio destino, ponemos éste a merced de los demás. Bien dijo Seume cuando afirmó: La nación que sólo puede o debe ser salvada por un solo hombre, merece latigazos.

No; el camino de la superación sólo puede estar en la ruta hacia la libertad, pues toda dictadura tiene por base una condición de dependencia llevada al extremo y no puede beneficiar nunca la causa de la liberación. Incluso cuando una dictadura ha sido concebida como etapa transitoria para alcanzar un cierto objetivo, la actuación práctica de sus jefes -suponiendo que tenían la honesta intención de servir a la causa del pueblo- la aparta cada vez más de sus objetivos originarios. No sólo por el hecho que todo gobierno provisional, como dijo Proudhon, pretende siempre llegar a ser permanente, sino ante todo porque el poder en sí es ineficaz y ya por esa causa incita al abuso. Se pretende utilizar el poder como un medio, pero el medio se convierte pronto en un fin en sí mismo, tras el cual desaparece todo lo demás. Justamente porque el poder es infecundo y no puede dar de sí nada creador, está obligado a utilizar las fuerzas laboriosas de la sociedad y a oprimirlas en su servicio. Debe vestir un falso ropaje, a fin de cubrir su propia debilidad; y esa circunstancia lleva a sus representantes a falsas apariencias y engaño premeditado. Mientras aspira a subordinar la fuerza creadora de la comunidad a sus finalidades particulares, destruye las raíces más profundas de esa energía y ciega las fuentes de toda actividad creadora, que admite el estímulo, pero de ninguna manera la coacción.

No se puede libertar a un pueblo sometiéndolo a una nueva y mayor violencia y comenzando de nuevo el círculo de la ceguera. Toda forma de dependencia lleva inevitablemente a un nuevo sistema de esclavitud, y la dictadura más que cualquiera otra forma de gobierno, pues reprime violentamente todo juicio contrario a la actuación de sus representantes y sofoca así, de antemano, toda visión superior. Pero toda condición de so-

metimiento tiene por base la conciencia religiosa del hombre y paraliza sus energías creadoras, que sólo pueden desarrollarse sin obstáculos en un clima de libertad. Toda la historia humana fue hasta aquí una lucha continua entre las fuerzas culturales de la sociedad y las aspiraciones de dominio de determinadas castas, cuyos representantes opusieron firmes barreras a las aspiraciones culturales o al menos se esforzaron por oponerlas. Lo cultural da al hombre la conciencia de su humanidad y de su potencia creadora, mientras el poder ahonda en él el sentimiento de su sujeción esclava.

Hay que librar al ser humano de la maldición del poder, del canibalismo de la explotación, para dar rienda suelta en ellos a todas las fuerzas creadoras que puedan dar continuamente nuevo contenido a su vida. El poder les rebaja a la categoría de tornillos inertes de la máquina, que es puesta en marcha por una voluntad superior; la cultura les convierte en amo y forjador de su propio destino y les afianza en el sentimiento de la comunidad, del que surge todo lo grande. La redención de la humanidad de la violencia organizada del Estado, de la estrecha limitación a la nación, es el comienzo de un nuevo desarrollo humano, que siente crecer sus alas en la libertad y encuentra su fortaleza en la comunidad. También para el porvenir tiene validez la sabiduría de Lao-Tsé:

Gobernar de acuerdo con la ruta es gobernar sin violencia: produce en la comunidad un efecto de equilibrio. Donde hubo guerra crecen las espigas y surge un año sin cosecha. El que es bueno no necesita violencia, no se arma de esplendor, no se jacta de fama, no se apoya en su acción, no se fundamenta en la severidad, no aspira al poder. La culminación significa decadencia. Fuera de la ruta está todo fuera de ruta.

Multiculturalismo, capitalismo y nacionalismo

Extraído de la publicación “El Fuelle” nº2, órgano de expresión y combate de la Federación Ibérica de Juventudes Anarquistas

Pensamos que el día en que en Lekeitio o en Zubieta se coma en hamburgueserías y se oiga música rock americana, y todo el mundo vista ropa americana, y deje de hablar su lengua para hablar inglés, y todo el mundo esté, en vez de estar contemplando los montes, funcionando con internet, pues para nosotros ese será un mundo tan aburrido que no merecerá la pena vivir.

Las ideologías más putrefactas toman conceptos y los utilizan y amoldan para su interés, esto pasa con la idea de cultura, en este artículo intentaremos ver como es utilizada por el capitalismo (sometiéndola al mercado) y por el nacionalismo (para subyugar al individuo con la excusa de la cultura). El capitalismo es una mancha de aceite que lo va abarcando, y destruyendo por ende a la vez, todo, poco a poco, manchándolo de color negro, un color negro difícil de quitar pero no por ello imposible, ni mucho menos, y la historia nos muestra ejemplos de ello: no sólo se puede quitar el color, sino la mancha en sí, su despreciable hedor y su densidad que no nos deja ver. Esta mancha de aceite que no deja de avanzar toma conceptos y los modifica para tergiversarlos, para manipularlos y hacerlos suyos, para transformar las ideas en aquello que quiere que signifiquen; ese es el caso del multiculturalismo, pero podríamos hablar de muchos más (por ejemplo, en el número anterior de esta publicación se hizo del anarquismo en el artículo “Neolengua, pasos agigantados hacia un diccionario irreconocible”). En este caso encontramos que el multiculturalismo, que significaría etimológicamente convivencia de varias culturas diferentes en un único espacio, dándose así la idea, por ejemplo, de ciudad multicultural, viene a utilizarse en la actualidad más como una forma de etnocentrismo oculto. Es decir, una ciudad que se define como multicultural en realidad lo que hace es mantener su cultura y hacer que el resto de culturas se adap-

ten a ésta. Un ejemplo claro de ello es la forma en que el capitalismo hace rentables el resto de las culturas. Para entendernos mucho mejor podemos poner un ejemplo; un ciudadano se define como multicultural porque ha comido un kebab, al más puro estilo fast food, y ha comprado un disco de música escandinava, pero en realidad lo que está haciendo es adaptar el resto de las culturas a su forma de vida. No entra a valorar las formas culturales en su verdadera expresión, sino que las convierte en objetos de consumo alternativos y progres; tratando a los individuos como mera mercancía de una sociedad decadente.

El capitalismo pretende eliminar lo más profundo de las culturas porque es en ellas donde surge la naturaleza del ser humano y de sus relaciones, porque es esa naturaleza la que quiere desvirtuar para convertirnos en máquinas alienadas que produzcamos y consumamos productos cada vez peores a precios más elevados. No quiere que los seres humanos nos relacionemos sino por medio del consumo, porque son esas relaciones las que le hacen engrandecer ese imperio político-económico que día a día nos destruye. En esa superficialidad del capitalismo está la mayor derrota del ser humano, en ese etnocentrismo oculto está el mayor racismo de la sociedad occidental, porque precisamente lo que se pretende es la occidentalización del planeta; India, Hawaii, Cancún, Turquía no son más que productos que se ofertan en el escaparate de una agencia de viajes. El resto de culturas no son más que productos que podemos conseguir a cambio de unas monedas para alcanzar una experiencia indescriptible, el lugar más recóndito del planeta se encuentra en la esquina de nuestra calle, en un local ambientado al más puro estilo oriental; pero todo es fachada, marketing. No nos paramos a disfrutar del resto de las culturas porque no podemos hacerlo, los aspectos más importantes de culturas árabes, por ejemplo, se obvian, el modo de vida, sosegado, no ha pasado el filtro de la censura, la cultura se adapta a las necesidades de una sociedad alterada por alcanzar el máximo beneficio económico.

El multiculturalismo es un concepto mucho más amplio que una mera visita de unos minutos o una mera estancia de unos días y otras tantas noches menos uno. En esta sociedad tan “multicultural”, en este batiburrillo de culturas-negocio, nos hemos olvidado de lo que permitió crear la cultura: la relación entre dos o más personas; olvidamos que lo primero es el individuo y después viene la cultura. Que para que seamos multiculturales tienen que existir culturas y para existir cultura tienen que existir individuos. Olvidamos que el hombre (y la mujer) para serlo han de ser libres, porque es en esa libertad donde emerge el espíritu de creación,

fundamental para la cultura. Para que se dé entonces el multiculturalismo (entendiéndolo entonces ya no sólo como la convivencia, sino además el respeto al resto de culturas, y por tanto al propio individuo que la conforma) se hace necesario que desaparezca el etnocentrismo, se hace necesario que desaparezca el capitalismo, esa lacra que se ha presentado como cultura madre. Y sólo entonces sin esos vicios que deforman las relaciones humanas; drogas (o al menos en la forma en que el capitalismo las usa), hipocresía, consumismo, jerarquías, competitividad, espectáculo, explotación, podrá desarrollarse un ser realmente humano. Y mientras haya seres humanos, al capitalismo aún le quedará mucho por andar.

Por el otro lado nos encontramos al nacionalismo. Esa abstracta idea que encarcela a los pueblos y sus culturas en un espacio predeterminado de manera arbitraria. El nacionalismo aprovecha el sentimiento natural de pertenencia a una comunidad para transformarlo en una obligación; si eres vasco hablas euskera porque tienes que hacerlo, no porque sea la lengua natural o porque te sea más fácil hablarlo, dos vascos nunca deben hablar español, dirían los nacionalistas al más puro estilo Arana. Los nacionalismos no parten del individuo sino que lo hacen de la compleja idea de cultura; de esta forma encontramos que habría culturas libres (euskalduna o galega) para individuos sometidos; porque al fin y al cabo el nacionalismo no es más que una forma de centralismo, y ese centralismo siempre tiende a eliminar el nacimiento natural de la cultura; por ejemplo la creación de un euskara estándar, o batua, supone la eliminación de los dialectos del euskera, es decir, se implanta una cultura artificial para someter a los individuos. El nacionalismo utiliza la cultura para alcanzar los fines de los políticos de turno, no para retomar la ancestralidad de una cultura perdida. Es absurdo pretender retomar una cultura, porque se obvia que las culturas se forman de la participación activa de diferentes culturas, no se puede entender una cultura aislada, por lo tanto no tiene sentido el pretender encarcelar a los pueblos con las fronteras. Defendemos un internacionalismo anarquista como base para el enriquecimiento de los individuos y, por tanto, de las culturas.

Espacio, territorio y cultura

Extractos del texto: releendo a Debord y su sociedad del espectáculo

Capítulo VII. La ordenación del territorio (espacio):

La variable espacio, que podría tener tantas connotaciones como partes conformantes (personas, relaciones, plantas, paisajes...), se ha unificado. La homogeneización del espacio, llamada Globalización o facilidad para viajar, ha convertido el mundo entero en objeto de consumo. Podemos ir a las islas Caimán, Acapulco, Egipto...y consumir todo el espacio, pero perdemos la perspectiva de lo que significan esos territorios, que son lugares donde residen personas, y hacemos tanto de los lugares como de las personas meros objetos de consumo para satisfacer nuestra glotonería, de una manera convulsiva. Nos han desposeído del territorio y han logrado que la belleza de los lugares sea algo banal, mercantil, propagandístico y espectacular. No contentos con ello, han ideado las estructuras de los lugares de hacinamiento de la población, las ciudades, como si de trampas para humanos se tratase, no solamente con fines comerciales sino con fines represivos y de vigilancia de la población, además de facilitar la tarea de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Ante esta situación sólo cabe la reflexión y la propaganda por el hecho, haciendo ver a las personas que tenemos alrededor las miserias que conlleva el consumo de unas vacaciones paradisiacas.

Capítulo VIII. La negación y el consumo de la cultura

(cultura):

La cultura ya no es propia de las personas ni del tiempo en el que viven, es un objeto de consumo más. Es homogénea y se intenta expandir a través de las fronteras. Por un lado tendríamos la cultura que se puede atribuir o asociar a los que se reivindican como pueblos tradicionales. Éstas pueden ser de dos tipos: las que usan personas que se mantienen el mismo contexto que la propia cultura y las personas que se la atribuyen desde un tiempo o un espacio diferente al original. Éstas últimas tienen que tener en cuenta que están haciendo el juego al propio sistema, puesto que este tipo de atribuciones se convierten inmediatamente en objetos de culto, que nada tienen que ver con la esencia de esa cultura, puesto que ya está desposeída de su contexto. Aquí cabría el debate con las vertientes anarquistas que defienden las definiciones de “anarquismo vasco, catalán, español”, como algo con identidad propia en lugar de como una manera de designación del lugar en el que se desarrolla la historia.

Nación y nacionalismo: el atractivo manjar envenenado

Publicado originalmente en Contragolpes. Órgano de expresión de Juventudes Libertarias de Madrid (FIJL) nº2. Septiembre/Octubre, Madrid. 2014. Pp. 4-6.

“El hecho de pertenecer a una determinada clase, nación o raza, no determina en modo alguno acerca de todo el pensar y sentir del individuo.”
-Rudolf Rocker (1)

Introducción

El nacionalismo, entendido este como movimiento político que une a sus partidarios/as bajo la exaltación y defensa de una determinada nación, vuelve a estar en boca de la actualidad política. Ucrania, Palestina, Rusia, España, Cataluña, Galicia, Euskal Herria dan buena fe de un nuevo renacer del impulso de los nacionalismos. Las motivaciones para matar y dejarse matar por algo artificiosamente creado como la nación cobran fuerza. Y nuevamente, el persistente atractivo del nacionalismo vuelve a presentarse tanto a las oligarquías económicas locales como a los oprimidos (por las oligarquías supranacionales y locales) como la solución definitiva a sus problemas. ¿Qué hay de novedoso en todo esto? ¿Es la idea de liberación nacional algo por lo que debemos luchar? ¿Qué posturas debemos defender frente a cuestiones como la defensa de la lengua y la cultura propias frente a la imposición de otras ajenas? ¿Qué intereses hay detrás de la defensa de la nación? A estas y a otras tantas preguntas trataremos de dar respuesta, utilizando diversas fuentes de autores anarquistas que han tratado de analizar bajo una clave antiautoritaria la cuestión del nacionalismo.

Pueblo y nación: aclarando términos

Un pueblo es el resultado natural de las alianzas sociales, una confluencia de seres humanos que se produce por una cierta equivalencia en las condiciones exteriores de vida, por la comunidad del idioma y por predisposiciones espaciales debidas a los ambientes climáticos y geográficos en que se desarrolla. Pero una nación no es nunca más que la consecuencia artificiosa de las aspiraciones políticas de dominio, como el nacionalismo no ha sido otra cosa que la religión política del Estado moderno. La pertenencia a una nación no es determinada nunca por profundas causas naturales, como lo es la pertenencia al pueblo. Eso depende siempre de consideraciones de carácter político y de motivos de razón de Estado, tras los cuales están siempre los intereses particulares de las minorías privilegiadas en el Estado.(2)

Este breve párrafo resume la esencia manipuladora del concepto de nación y del nacionalismo. Alterar el cariño natural por la tierra en la que nos criamos y la idea de pueblo como algo laxo, abierto y natural para conseguir unos determinados fines políticos.

Naturalmente, fue la burguesía en los amaneceres de su establecimiento como clase dominante, quién necesitada de vincular a oprimidos y oprimidas y su proyecto de estado moderno (los estados-nación). Era necesario construir una maquinaria estatal que garantizase la protección de los intereses de la clase empresaria, que movilizase ejércitos para las guerras entre las diferentes burguesías nacionales y persiguiera y dividiera a los oprimidos por diferencias culturales, étnicas o de nacimiento.

La moderna organización en estados nación implica por tanto un paso más en el perfeccionamiento del dominio autoritario, pues sacraliza el Estado y lo eleva a los altares. Ideas surgidas entonces como voluntad genera, identificar a la nación con algo natural, exaltaciones del fervor patriótico a través de la banderas, los himnos y la mistificación de la tradición no son sino elementos que dan muestra de una serie de ritos e iconografías que dotan a la nación de un halo de misticismo y religiosidad.

Cultura, lengua, religión: ingredientes mágicos de la nación

Quizá el lector intente aplicar una definición de nación como territorio organizado por personas que comparten idioma, religión y costumbre, o al menos una de las tres. Semejante definición, clara, concisa y estática no

describe dicho fenómeno; es una apología del mismo, es su justificación. El fenómeno no consistió en una definición estática sino en un proceso dinámico... Fueron meros pretextos, instrumentos para movilizar ejércitos. La coronación del proceso no consistía en la consagración de aquello que se tenía en común, sino es su empobrecimiento.(3)

Lengua, cultura y otros elementos generados por las comunidades humanas son utilizados como meros pretextos para conciliar a grupos sociales antagónicos, con intereses opuestos, bajo la sombra de una determinada nacionalidad. Así, la cultura, que debiera ser algo libre, que emanara del individuo y del constante evolucionar y enriquecimiento entre las personas, queda reducida a bloques monolíticos, cerrados y definidos por una institución que se dote de la suficiente legitimidad para hacerlo. Hablamos del Estado, por supuesto. Ya no existen las diferencias de clase, sino que ricos y pobres, oprimidos y opresores están vinculados al mismo proyecto. Y tienen enemigos comunes: los habitantes de otras naciones. Así, nuevamente, se constata como este proyecto beneficia a las clases dirigentes del Estado, al capitalismo que necesita de guerras y a la persecución del diferente y del otro como chivo expiatorio.

Lengua y cultura debieran ser algo vivo, que en libre desarrollo y enriquecimiento mutuo entre las personas, creciera libre en la sociedad. La imposición de de una determinada lengua o una determinada cultura, y la definición de estas de modo cerrado e inamovible solo obedece a los intereses del Estado que se legitima así mismo a través de estas. Todo proceso de construcción nacional implica la imposición de una determinada lengua y cultura, con la consiguiente muerte de las mismas. El aniquilamiento de lenguas y culturas a lo largo de la historia dan buena prueba de ello.

En la actualidad, donde una cultura dominante, acorde a los intereses del mercado, trata de imponerse sobre el resto, es necesario, que defendamos no tanto una determinada cultura que acabara convirtiéndose nuevamente en algo cerrado que tratásemos de imponer, sino en la absoluta capacidad libre del individuo de elegir su lengua y su cultura, y que estas se desarrollan libremente.

¿Qué encargado de un campo de concentración no desciende de un pueblo oprimido?

Si algo nos ha enseñado la historia es que el nacimiento de nuevas naciones, antaño luchas entusiastas en las que los valores de justicia y li-

bertad primaban acabaron engendrando auténticos monstruos. ¿No fue una lucha contra la opresión del Imperio Británico la que engendró a los sobradamente conocidos EEUU por su capacidad imperial? ¿No fue la Alemania que décadas antes luchaba por la unidad nacional la que llevó acabo un exterminio sistemáticamente planeado y racional de millones de personas? ¿No son los ahora asesinos de niños en Ghaza, el pueblo históricamente oprimido? El proceso es siempre el mismo: las naciones oprimidas acaban convirtiéndose en opresores mucho más eficaces y sanguinarios que sus predecesores.

Cuando las izquierdas especialmente claman por la liberación nacional, anteponiendo los intereses nacionales a la lucha contra la sociedad de clases, a la lucha contra el dominio del trabajo asalariado y de la autoridad sobre nuestras vidas, deberían hacer un ejercicio de memoria histórica. La liberación nacional es el camino fácil y sencillo, es un canto de sirenas para los oprimidos que no aspiran a acabar con la opresión, sino a ejercerla.

Toda población oprimida puede convertirse en nación, en un negativo fotográfico de la nación opresora⁴

Si el 12 de octubre no hay nada que celebrar, salvo la opresión y el exterminio, tampoco hay que celebrar ni un solo día nacional, ya sea de Castilla, Cataluña, Palestina o cualquier proyecto de nación. Es necesario mirar con la perspectiva dinámica oportuna en todo proceso de liberación nacional y ver las fases que estas atraviesan: el germen de la autoridad acaba infectando cualquier proceso en el que este inoculado, y el proceso de liberación nacional es sin lugar a duda un proyecto autoritario antes o después, tal y como hemos explicado.

La propuesta anarquista: el federalismo libertario

El anarquismo no pretende la unidad en el sentido que habitualmente se utiliza este término de uniformar, igualar, romper la diversidad existente en la humanidad, el anarquismo pretende la unión, es decir, la relación orgánica entre las personas por medio del libre acuerdo. Una sociedad libertaria solo aspira a instalar una estructura en cuanto a la necesidad de una constitución social federativa respetando todo lo demás: idiomas, costumbres, hábitos de vida, características culturales, etc. (5)

Los anarquistas se declaran enemigos de cualquier tipo de centralismo, de cualquier imposición coercitiva y de cualquier estructura en las que la capacidad decisoria no emane del individuo. El federalismo libertario es la propuesta de organización territorial, social y económica que ofrecen los anarquistas como forma de organización social donde la cultura en todas sus formas y libre de ataduras sea desarrollada libremente por las personas. Es por tanto la contraposición a la idea de nación que necesita de un Estado (bajo cualquier forma, centralista) para delimitar su territorio y establecer la lengua, las costumbres y la cultura de manera impuesta, controlada y monolítica

En respuesta a esto, los anarquistas entienden que la organización social debe ser organizada por las personas libremente en igualdad de condiciones, guiados por el espíritu de la solidaridad y el internacionalismo. La libre unión de los anarquistas, el federalismo, es capaz de otorgar una estructura allí donde sea necesaria y deseable para organizar la vida social, pero siempre de abajo arriba y respetando la autonomía de cada una de sus partes. La base del federalismo libertario es la autogestión y la autoorganización de sus unidades más pequeñas, de las que emanan las decisiones, mediante el asamblearismo, la horizontalidad, el libre acuerdo y la autonomía. La libre unión de personas, de grupos, asociaciones, municipios libres, sindicatos... tendrá como base la libertad individual y colectiva, que garantizará el libre desarrollo de la cultura, la lengua, las costumbres y los hábitos de vida.

El federalismo libertario, en contraposición a federalismo estatal, rechaza por principio toda centralización de cualquier signo y, por supuesto, de cualquier forma de Estado. Frente a la forma de unidad centralista que impone una serie de estructuras propone que sean las propias personas quienes decidan bajo que estructura deciden organizar la vida social y económica, sin ninguna clase de imposición.

Notas

1 Nacionalismo y Cultura. Rudolf Rocker.

2 Idem.

3 El persistente atractivo del nacionalismo. Fredy Perlman

4 El persistente atractivo del nacionalismo. Fredy Perlman

5 Anarquismo y nacionalismo. Juventudes Libertarias de Bilbao (FIJL) 1998.

Extractos de “El persistente atractivo del nacionalismo” de Fredy Perlman

Tanto los izquierdistas como los revolucionarios nacionalistas insisten en que sus nacionalismos no tienen nada que ver con los de los fascistas a los de los nacionasocialistas; aseguran que sus nacionalismos son los de los oprimidos, que ofrecen tanto la liberación personal como la cultural

...

[El] nacionalismo no es una palabra que tenga una definición estática, ya que esta se solapa sobre una secuencia de experiencias históricas diferentes.

...

Según una concepción errónea (y manipulable) muy difundida, el imperialismo es un fenómeno relativamente reciente que consiste en la colonización del mundo entero y representa la última etapa del capitalismo. Este diagnóstico preconiza un tratamiento muy concreto: el nacionalismo se ofrece como el antídoto para el imperialismo y se dice que las guerras de liberación nacional quebrantan el imperio capitalista.

...

El nacionalismo es lo opuesto al imperialismo sólo en el ámbito de las definiciones. En la práctica, el nacionalismo era una metodología para administrar el imperio del Capital. El continuado incremento de capital, a menudo denominado como progreso material, desarrollo económico o industrialización, fue la actividad principal de las clases medias, de la así llamada burguesía, porque

capital es lo que ellos poseía, era su propiedad;
las clases altas poseían patrimonios.

...

[El] racismo se haría inseparable de la práctica nacionalista [...] el racismo era un principio práctico. Su contenido era lo de menos: lo que importaba era que funcionaba [...] Personas que habían abandonado sus aldeas y a sus familias, que estaban olvidando sus idiomas y desprendiéndose de sus culturas de origen. A las que se había despojada poco menos que de su sociabilidad, fueron manipuladas para que consideraran el color de su piel como un sucedáneo de todo lo que habían perdido.

...

Quizá el lector intente aplicar una definición de nación como territorio organizado compuesto por personas que comparten idioma, religión y costumbres, o al menos una de las tres. Semejante definición, clara, concisa y estática, no describe dicho fenómeno; es una apología del mismo, en su justificación. El fenómeno no consistió en una definición estática sino en un proceso dinámico. El idioma, la religión, y las costumbres comunes [...] fueron meros pretextos, instrumentos para movilizar ejércitos. La coronación del proceso no consistía en la consagración de aquello que se tenía en común sino en su empobrecimiento, en la ruina total de los idiomas, las religiones y las costumbres. Los habitantes de una nación hablaban el idioma del capital, rendían culto en el altar del Estado y ceñían sus costumbres a aquellas que toleraba la policía nacional.

...

Lenguas, religiones y costumbres se convirtieron en materiales para la construcción de Estados-nación. Esos materiales eran medios y no fines. El objetivo de las entidades nacionales no era afianzar economías nacionales, convertir a campesinos en trabajadores y soldado, ya los Estados dinásticos en empresas capitalistas. Sin el capital no habría municiones ni suministros, ni ejércitos nacionales ni naciones.

Diferencias entre nacionalismo y anarquismo

Extraído del texto "Nacionalismo y anarquismo"
de Juventudes Libertarias de Bilbao

Trataremos en este punto cuales son las diferencias, a nuestro parecer insalvables, que existen entre nacionalismo y anarquismo.

1- Todos los nacionalismos ocultan tras de si el germen del poder y del Estado. Las formaciones nacionalistas aspiran a conseguir suficiente poder como para formar un Estado propio. El anarquismo sin embargo lucha por la abolicion de todos los poderes y autoridades, sean estos centralizados o descentralizados.

2- Todos los nacionalismos fundamentan su ideologia sobre la base de las naciones, esto actua como cortina de humo para ocultar las relaciones de poder y explotacion existentes dentro y fuera de "su nacion". El nacionalismo difumina la lucha de clases , ya que la clase oprimida, defendiendo el hecho nacional, no hace otra cosa que defender a su vez a la clase opresora. EL anarquismo busca la toma de conciencia de la poblacion para que se libere de sus explotadores y dominadores.

3- Todos los nacionalismos mantienen aisladas a las personas dentro de sus fronteras (existentes o potenciales), y esto genera actitudes xenofobas y ademas divide (y muchas veces enfrenta) a poblaciones vecinas, lo que resta fuerza a la lucha contra las instituciones politicas y economicas. El anarquismo aboga por la eliminacion de todas las fronteras y todos los Estados.

4- Todos los nacionalismos son causa o pretexto psicologico del militarismo y los ejercitos; ningún nacionalismo es antimilitarista. El anarquismo lucha contra los militarismos y los ejercitos, sean estos azules, verdes, rojos, de liberacion nacional o populares, pues estos solo sirven a los interes de los poderosos.

5- Todos los nacionalismos unen a las religiones ya existentes el culto a la nación todopoderosa, a la sagrada bandera, al sacrosanto himno y a les representantes de la diosa “voluntad general” que son les politiques.

6- Todos los nacionalismo tienen en la lengua nacional uno de sus pilares principales. La utilizan para diferenciarse del resto de los pueblos y para impedir una buena comunicación entre ellos. El anarquismo tiene en la union y solidaridad internacional uno de sus principales argumentos. Para ello a lo largo de su historia ha utilizado el esperanto (idioma internacional, creado por el doctor Zmenhof) como instrumento de union hacia los Estados.

El anarquismo es ateo, racionalista, y lucha contra la creencia en la necesidad de un ser superior que nos domine en la tierra o desde cualquier otro planeta. En definitiva, la lucha anarquista y la nacionalista parte de fundamentos ideologicos totalmente distintos. Por ello no se deberia confundir a una parte con la otra, y por eso mismo no se debe potenciar de ninguna manera la ideologia ni movimientos nacionalistas, por muy revolucionarios que se autodenominen.

Cataluña dentro del movimiento populista

AC

El 1 de octubre de 2017, en Cataluña, masas de personas desafiaron a la policía para votar, y se enfrentaron a la represión por haber participado en un referéndum organizado por su gobierno y declarado inconstitucional por el Estado español. La imagen de personas pacíficas, arrastradas al suelo y golpeadas por la Guardia Civil en el marco familiar de una escuela que sirve de mesa de votación es realmente chocante. Este referéndum tomó a partir de entonces el aspecto de un «levantamiento democrático» en el corazón de Europa (¿qué puede haber de más democrático que un referéndum o que un país europeo?), avergonzando incluso a quienes se habían opuesto a él, desde Podemos hasta las instancias de la Unión Europea. Resulta fácil condenar a los políticos o a los partidos extremistas, pero la organización del referéndum ha logrado dar la imagen de un pueblo que acudía pacíficamente a votar, lo cual constituye el fundamento ideológico del Estado moderno, y que fue brutalmente reprimido por su propio Estado.

Todos los Estados europeos se han constituido, cada uno a su manera, mediante la negación o la absorción de las identidades particulares presentes en «su» territorio, de las que, evidentemente siguen quedando trazas hoy en día. Pero si la cuestión cultural desempeña un papel en Cataluña, no lo hace sino como un marco general para una entidad «Cataluña» que permanece entendida económicamente por encima de todo. Lo que se plantea en las reivindicaciones no es tanto la cuestión de la identidad o de la lengua (en Cataluña, la tesis se sostiene en catalán) como la de una fiscalidad excesiva que frenaría el desarrollo de la región y obligaría al Gobierno de la Generalitat a aplicar las medidas de austeridad impuestas por

Madrid. La cuestión catalana plantea, pues, la cuestión de las relaciones entre el Estado y el capital. En el seno de este conflicto, la formulación ideológica de las relaciones entre el Estado, el «pueblo» y la economía se convierten en lo que está concretamente en juego en el marco de unas relaciones de clase bien reales.

Tras la crisis de 2008, el Estado se presentó como avalista último frente a la anarquía capitalista y los intereses privados desenfrenados. De hecho, la intervención concertada de los bancos centrales, el rescate de los bancos y la compra de activos «podridos» fueron decisivos para salir de la crisis. En la zona euro, esta intervención se llevó a cabo a través de la imposición por parte de los Estados, de acuerdo con las instituciones supranacionales del FMI y el BCE, de políticas de austeridad, que en la práctica también se han llevado a cabo desde los Estados más ricos hacia los Estados más pobres, como resulta flagrante en el caso de Grecia. Esto nos lleva a una situación aparentemente paradójica en la son los Estados los que se esfuerzan por deshacer la soberanía nacional para mayor bien del capitalismo.

Hoy en día hay quien concibe las fronteras, en otro tiempo sinónimo de encarcelamiento y de opresión, como barreras protectoras contra un orden capitalista que las disuelve constantemente para hacer más fluida la circulación de mercancías, a la vez que las refuerza para luchar contra la trágica circulación de seres humanos que engendra el primero.

En 2009 —con las revueltas griegas— y con los levantamientos árabes en 2011, parecía estar abriéndose una ventana insurreccional. Sin embargo, la sociedad civil se convirtió muy rápidamente en el meollo y el terreno de estos movimientos, y el Estado —su reforma y su democratización— en su horizonte exclusivo. Si tanto en Egipto como en Túnez las huelgas obreras fueron masivas y se llegó a una situación casi de ruptura con el Estado, por varias razones —entre las que no cabe descartar la perspectiva de la represión (los carros blindados que «protegían» a los manifestantes de los ataques de los esbirros de Mubarak o que tomaron posiciones alrededor del Canal de Suez plantearon de manera muy concreta la cuestión de la abolición del Estado), ahora hemos desembocado en una situación en la que la cuestión del Estado, de su legitimidad, de su capacidad de reflejar las expectativas de la sociedad civil, de convertirse en garante de una distribución más justa de los ingresos y de la libertad de participación de cada cual en la vida económica y social (en los países árabes la cuestión de la corrupción y la monopolización del poder por parte de una camarilla

es insoslayable), se ha convertido en el horizonte de todas las luchas de la época.

El movimiento de las plazas, de Tahrir a Taksim e incluyendo a las distintas versiones de Occupy en Estados Unidos y Europa, convirtió a la sociedad civil en el corazón y el meollo de las reivindicaciones, en el marco de un movimiento global donde, si el proletariado siempre estuvo presente en mayor o menos medida, la clase media se volvió cada vez más central, no sólo como realidad social sino también como cuestión política. Este movimiento, desde que deja de ser puramente crítico (como fue en España el movimiento 15M) y tiende a reivindicar el poder estatal en nombre de la sociedad civil, puede describirse adecuadamente con el término «populismo». El populismo —cuando es de izquierda o «social»— es también el producto conjunto del fracaso de estos movimientos y del agravamiento de las medidas de austeridad, así como de la represión por parte del Estado de movimientos puramente de protesta.

Hay que situar este ascenso del populismo en este momento que siguió al «invierno árabe» y la elección de Syriza en Grecia, y que se caracteriza por un retorno global del crecimiento. Este momento de «salida de la crisis» es esencialmente el de las políticas de austeridad, del empeoramiento de las condiciones de explotación de los proletarios y del final del Estado del bienestar incondicional que prevaleció durante los «Gloriosos Años Treinta». Sin embargo, la flexibilización del mercado laboral sólo puede funcionar si el Estado asume una parte de la reproducción de la fuerza de trabajo. Esta parte se convierte entonces en objeto de luchas sociales y políticas por parte de los segmentos de las clases que se benefician de ella y están en condiciones de negociarla. Estas luchas tienen como meollo la definición del Estado y la extensión de sus prerrogativas, en el marco de un liberalismo que ningún actor cuestiona realmente (una vez enterrado de forma permanente el proyecto «socialista» de una economía dirigida por el Estado).

Por «populismo» no debe entenderse una política demagógica destinada a instrumentalizar a las clases más pobres y menos instruidas, ni el simple nacionalismo (aunque pueden encontrarse en él elementos de estas dos acepciones), sino más bien un movimiento interclasista en el seno del cual no se obtiene la unidad nacional identificando a los sujetos con el Estado «de abajo hacia arriba» (como en el caso de la defensa «popular» de una política colonial, por ejemplo), sino más bien mediante el recono-

cimiento horizontal de la igualdad de esos sujetos en el marco de un todo nacional, así como la redefinición ideológica de las relaciones capitalistas sobre la base de esta igualdad postulada como algo sustancial. Concretamente, esto significa la preeminencia del Estado, considerada como «cosa del pueblo», emanación de la comunidad y, por lo tanto, responsable de la existencia concreta de esta supuesta igualdad. Es de esto de lo que habla Mélenchon en Francia cuando propone un «proceso constituyente». En el caso de Cataluña y del movimiento separatista, formular la preeminencia del pueblo sobre el Estado es lo que le permite afirmar que es el propio pueblo quien define «su» conjunto nacional y no al revés.

El populismo plantea la cuestión de la sociedad civil, pero de una manera muy particular, presentándolo como una comunidad sustancial —el «pueblo»— ya sea de manera política (pertenencia a la República) o étnica (idioma, costumbres, orígenes) y como una comunidad material, gobernada por el Estado y existente dentro de las categorías de capitalismo. Para el populismo, lo que confiere su legitimidad al Estado es una comunidad sustancial, y ésta también es el medio por excelencia a través del cual las relaciones sociales capitalistas son fetichizadas, o más bien, el lenguaje mediante el que se expresa esta fetichización.

Pero esta comunidad sustancial no está compuesta por otra cosa que relaciones sociales capitalistas repintadas con los colores supuestamente fraternales de la bandera nacional. El empresario catalán y su trabajador catalán comparten la misma lengua, pero la relación de explotación que sigue existiendo no tiene lengua ni bandera, y la plusvalía extraída acaba reuniéndose con los demás capitales en el mercado mundial, antes de volver a venírseles encima en pleno rostro a los proletarios en forma de acuerdos de competitividad aprobados, eso sí, entre catalanes.

La categoría social a la que el populismo se opone, no es la burguesía como tal (explotadora, propietaria de medios de producción, etc.), en la medida en que tanto el patrón como el trabajador pueden pertenecer a la comunidad sustancial del «pueblo», pese a no ocupar en ella la misma posición. En este sentido, el populismo se muestra como legítimo heredero de la consigna del 99% frente al 1%. El enemigo también en este caso, son las élites globalizadas que no pertenecen a ninguna comunidad, clase circulante, geográficamente móvil y sin vínculos comunitarios, clase de lo global contra lo local, de los flujos financieros abstractos contra la producción y los servicios concretos.

Es a esta «clase» de las elites globalizadas a la que el separatismo catalán de izquierdas propone cortar las alas y remachar al suelo de la patria mediante el bloqueo de sus activos en caso de que sueñe con abandonar el país después de la independencia. Y de hecho, han sido los bancos y las empresas del Ibex 35 las primeras en dejar de tener en suelo catalán sus sedes sociales, en un gesto simbólico pero de adhesión explícita a Madrid. La extrema izquierda populista muestra aquí en qué medida el separatismo también expresa un conflicto entre sectores de la burguesía, entre la burguesía comercial y de servicios «pequeña» y la burguesía «grande» de los flujos financieros globalizados, planteando así, dentro de este conflicto de clase el viejo tema ciudadanista de la economía «real» frente a la economía «abstracta». Es esta burguesía, a la que se agrega indisolublemente la clase media, la que constituye ese amplio coro de funcionarios, empresarios, comerciantes, abogados, médicos, al que se añaden voces obreras y dice: «La economía es NUESTRO trabajo; somos NOSOTROS los que producimos la riqueza.» Y eso expresa en el lenguaje de la ideología esta verdad teórica: el capital, es la sociedad misma.

Porque, obviamente, las elites globalizadas, son también aquellas con las que se comercia y para las que trabajamos, y la Unión Europea también es su sede, la sede los grandes grupos financieros e industriales que han invertido mucho en España, una vez que el Estado (también a través del gobierno catalán) les ha preparado el terreno ofreciéndoles a domicilio y sin pagar derechos de aduana mano de obra calificada a bajo precio y un vasto mercado interior a conquistar. Por tanto, la inserción en el mercado mundial que los separatistas ofrecen como garantía económica de credibilidad es precisamente lo que frena el proceso de independencia, ya que no es posible separar el Estado de la economía reduciendo el Estado a una comunidad de trabajadores en activo y de empresarios responsables que van cogidos de la mano a crear riqueza en el mercado mundial. La deuda que Barcelona tendría que heredar de Madrid si abandonase España e iniciara un proceso de readhesión a la UE, colocaría inmediatamente Cataluña en la situación de Grecia, porque también es a través de la deuda y las medidas de austeridad impuestas por el Estado como España, y por tanto Cataluña, se insertan en el mercado mundial: también en este caso, las distinciones ideológicas operadas por el populismo demuestran su impotencia para comprender la realidad del momento que las constituye.

El interclasismo que se manifiesta en la situación catalana, tiene lugar, de hecho, como siempre, entre segmentos de clases muy determinados,

que reflejan las condiciones económicas de la región. En efecto, si Cataluña, precozmente industrializada, ha conservado y desarrollado una estructura industrial importante, particularmente en el sector del automóvil o el de la química (en plena expansión), y se ha deshecho del sector agrícola —tan importante en la mayoría de regiones pobres en España—, los servicios representan la mayor parte de su PIB (alrededor del 74%). Durante la huelga general (también llamada «paro cívico») organizada el 3 de octubre por los independentistas, la mayoría de los servicios públicos (transporte, museos, etc.) y el sector de la salud, principales concernidos por la independencia y afectado por los recortes presupuestarios, así como los sectores comerciales (el puerto de bienes) se declaró en huelga. El Barça cerró el Camp Nou, pero los Seat siguieron saliendo de los talleres como siempre. Es cierto que en caso de independencia los catalanes continuarán acudiendo al estadio y que el Barça podrá continuar con sus transferencias de 40 millones de euros; pero no es del todo seguro que el fabricante alemán mantenga sus fábricas donde están: en Martorell, cerca de Barcelona, donde se ha sudado mucho para lograr la «recuperación», 10.000 personas se encontrarían en situación de desempleo.

Pero si la cuestión separatista en Cataluña puede ser presentada esencialmente como una lucha entre sectores de la burguesía en cuyo seno participan segmentos de clases cuyos intereses están vinculados a los sectores de la burguesía catalana favorables a la independencia, no hay que perder de vista el hecho de que estos intereses son tanto ideológicos como reales, sin que sea realmente posible separar lo uno de lo otro. La tesis de unas masas manipuladas por los nacionalistas burgueses refleja un profundo desprecio por las denominadas «masas»: la «gente» —dado que en el caso de populismo esta categoría abstracta adquiere pertinencia— no son unos imbéciles que se lanzan ciegamente sobre la primera identidad que se presenta. De hecho, la reivindicación de independencia también es una reacción a las medidas de austeridad adoptadas por el propio gobierno catalán, una forma de atraparlo en su propio juego, cuando no de oponerse a él.

El momento populista en Cataluña es el de la post-crisis de 2008, que dejó a España de rodillas, el de la explosión de la tasa de desempleo y la imposición de políticas de austeridad draconianas. Con la recuperación de mediados de 2010 y la ayuda coyuntural de la caída de los precios del petróleo que, combinada con el menor costo de la mano de obra local, dio un impulso apreciable en términos de competitividad internacional, la región catalana ha logrado sacar partido del juego económico, incluso aplicando

esas medidas de austeridad tan criticadas.

En Cataluña, como en otros lugares, «recuperar el crecimiento» ha sido sinónimo de bajas salariales, inseguridad laboral y recortes en los beneficios sociales. Y en Cataluña en particular, ha sido el gobierno local, y los independentistas en el poder, quienes han aplicado estas políticas de austeridad. Dentro del movimiento independentista actual, las oposiciones de clases atrapadas en el movimiento conjunto de austeridad y «recuperación» se han manifestado a través de luchas de poder. El desafío del proceso de independencia es el de dar un significado económico y social a la reanudación de la acumulación en un área particular, Cataluña, lo que se manifiesta a través de un conflicto de naturaleza política. En un contexto social tenso, el ala de extrema izquierda, la CUP, con un número reducido de votos en el Parlamento, desempeña el papel de árbitro: obtener sus votos se vuelve indispensable. En 2016, el presidente de la Generalitat, Artur Mas, que aplicó las medidas de austeridad, pagó el precio de esta situación y tuvo que ceder el sitio a Carles Puigdemont, no menos de derechas, pero cuyas convicciones independentistas son claras. Políticamente, pues, la tensión consiste en hacer de la cuestión de la independencia una cuestión «social», y aquí es donde la participación de masas de gente que sale a la calle no puede reducirse a la histeria nacionalista o la manipulación por parte de la burguesía.

En este marco político, para la coalición gobernante, y particularmente para su ala derecha, la organización del referéndum del 1 de octubre también una forma de cabalgar el tigre de la insatisfacción de las masas antes de que se vuelvan en su contra. Designar a Madrid como el origen de todos los males exime al gobierno de la Generalitat de los reproches que se le hagan y le permite restablecer la unidad de fachada sin la que ningún Estado puede gobernar. El populismo presenta así el doble aspecto de un movimiento «popular» y de un movimiento de Estado, es decir, de la clase dominante, lo que puede crear una situación cambiante, con contornos que se redefinen permanentemente.

Sin embargo, este carácter cambiante, vinculado a la naturaleza interclasista del populismo, solo indica que las clases, incluso si están vinculadas por una supuesta identidad, se encuentran permanentemente en lucha; es eso lo que las define como clases. Como ideología, el populismo enmascara sin duda las relaciones de clase reales (oculta la explotación), pero si las enmascara no dejan de existir en su seno ni de conservar su

contenido conflictivo. Ese contenido es incluso el que hace del populismo algo necesario, pues ninguna ideología se forma alrededor de relaciones transparentes y horizontales: no se está diciendo otra cosa al decir que el populismo expresa conflictos reales bajo una forma ideológica. Pero mientras la situación permanezca en este marco, en el que todos los segmentos de clase movilizados tienen cada uno como meta postular a su manera el pueblo, ideológica y prácticamente, como una comunidad sustancial que fundamenta el Estado y que tiene por base las relaciones sociales capitalistas (y por lo tanto su ocultación), y pese a los aspectos espectaculares que pueda adquirir este movimiento, que a veces puede ponerse a sí mismo en escena como un movimiento de ruptura, el movimiento permanece dentro de los límites que él mismo se ha fijado y de los que no irá más allá como quien no quiere la cosa, sin darse cuenta de ello. Uno no hace que la revolución como si tropezara.

Si los segmentos del proletariado que se encuentran involucrados en la articulación interclasista de las luchas actuales son incapaces de distinguir entre los intereses reales «del» proletariado y los de la burguesía o la clase media, es porque esos «intereses reales» no son realmente distintos. Sería absurdo contentarse con declarar que «el» proletariado es internacionalista o que el pueblo como tal sólo puede ser libre sin el Estado, como si la actividad real de la clase estuviera situada en un plano en el que su existencia social en el capitalismo fuera puramente accidental o contingente frente a la realidad trascendente de «la» clase.

Con el populismo, se ve en qué medida la unificación a priori, la unidad de clase exigida y reivindicada por aquellos para quienes la «convergencia de las luchas» condiciona su éxito, es en realidad una reconfirmación pura y simple del orden establecido. Lo que converge en las luchas interclasistas son siempre segmentos del proletariado cuyos intereses se superponen con los de las clases medias; es este cruce lo que constituye a la «sociedad civil» como un objeto de reivindicación, y desde el momento en que la sociedad civil es el problema, las relaciones sociales capitalistas se vuelven incontables, porque se presuponen. A partir de ahí no hay más que un problema de «reparto de la riqueza», sin saber de qué «riqueza» se trata y de dónde proviene.

La unificación de la clase como clase revolucionaria sería más bien la multiplicación de los conflictos en torno a lo que la hace existir como clase segmentada, dentro de las condiciones planteadas por esta existencia, es

decir, no sólo la explotación, que es directamente la segmentación (división del trabajo), sino también las divisiones de género y raciales, y también más en general todo lo que se cabe llamar «desigualdades» sociales. En concreto, es otra forma de decir que la clase no se unifica sino aboliéndose como clase, atacando directamente (incluso si ese directamente puede conllevar formulaciones ideológicas) aquello que la hace existir como clase explotable y explotada.

Dicho esto, hemos de constatar que este cuestionamiento de la clase por sí misma apenas está a la orden del día, salvo negativamente. Es muy probable que el momento populista sea un trago desagradable que habrá que pasar. Porque si el populismo nos resulta poco simpático por sus concepciones, la reacción del Estado «clásico» en contra de lo que sigue siendo para él un desafío a un delicado orden capitalista a preservar bien puede consistir en nuevas medidas de represión y seguridad. Y en todas partes están surgiendo movimientos nacionalistas con componente populistas mucho menos «sociales» que el de los separatistas catalanes, o incluso están directamente en el poder, como en Hungría, Polonia u otras partes.

Por lo demás, los diversos movimientos separatistas que participan a su manera en el movimiento de redefinición del Estado también indican que a nivel mundial la división del espacio social y geográfico ya en curso antes de la crisis de 2008, no hace sino acentuarse. Si de momento sólo se plantea a modo de hipótesis, el establecimiento conjunto de zonas-basurero habitadas por población excedente desprovista de instrumentos de lucha y zonas ricas atrincheradas sobre sus supuestos privilegios, estén aseguradas por una pertenencia cultural, étnica o nacional, tampoco es una perspectiva tranquilizadora.

Algunas consideraciones sobre la situación actual en Cataluña y la actuación de las anarquistas

Algunas anarquistas de Barcelona

De nuevo, muchos, demasiados anarquistas se han dejado arrastrar, desbordados por eventos que no esperaban y no han sabido (o querido) incidir con sus propias palabras y acciones. Muchos anarquistas se dejan seducir fácilmente por todo lo que tenga un carácter “masivo”, sin parar a pensar un poco que es lo que están apoyando realmente y sin ni saber, poder o querer participar con su propio discurso, solo quieren ir allá donde esta “la gente” y a ver qué pasa luego.

Sobre la “voluntad popular” y la “legitimidad de las masas”:

Muchos anarquistas han estado en la calle estos días pasados, participando de las protestas junto con muchos otros, pero ¿qué es realmente lo que se demanda en estas protestas? ¿Quiénes son esos “otros” que participan en estas movilizaciones? Si bien es cierto que parte de los mani-

festantes proviene de la izquierda independentista o de otras formaciones de izquierda no necesariamente nacionalistas pero que apoyan o han querido solidarizarse con la causa de la independencia catalana siendo que algunos anarquistas pueden encontrar algunas afinidades con este tipo de manifestantes, la inmensa mayoría de los que han salido a la calle son el ciudadanos correctos, amantes del orden, el civismo y las buenas maneras, muchos votantes de la derecha conservadora catalana, representada por CIU, ANC...etc.

A la vista está las demandas de los manifestantes, así como sus actos. Del mismo modo que rechazan y son hostiles a la guardia civil o la policía nacional, regalan flores a los mossos y los aplauden como si fueran héroes. Pareciera que estos anarquistas tienen algún tipo de compromiso con apoyar sin cuestionar lo que se ha catalogado como “voluntad popular” aun siendo así esta voluntad popular la de crear un estado propio con una política marcadamente conservadora-derechista, con sus fronteras propias, con su policía propia, con sus instituciones, cárceles, leyes, capitalismo y miseria, pero eso si con una bandera diferente y nueva imagen de liberación.

Pareciera que para algunos, el patriotismo catalán es más aceptable que el patriotismo español, escudándose en mil y una excusas para justificarse, pero el nacionalismo es nacionalismo al fin al cabo, todas las patrias son opresoras de los pueblos que habitan en sus dominios, y las que no lo son es porque aún no han tenido la oportunidad. Y es que, para quien no lo sepa el facha catalán es tan repulsivo, conservador y rancio como el facha español o cualquier otro. Aun así, los anarquistas han salido a la calle junto con toda esta gente, adoptando el discurso de esta gente, participando de las convocatorias de esta gente... dejándose llevar por esa imagen de “rebel-día”. ¿Acaso si la voluntad de la mayoría del pueblo fuese un estado catalán del tipo nazi/fascista, deberían los anarquistas apoyar también al pueblo en este caso? Desde nuestro punto de vista, una característica esencial de la anarquía, independientemente de su corriente o posicionamiento, es el cuestionar y saber mirar con espíritu crítico, especialmente antes de lanzarse de cabeza a una piscina que ha resultado ser un cenagal.

La represión de la policía nacional y la guardia civil ha sido algo que ha encendido los ánimos de muchos, dando la impresión de que realmente se estaba llevando una especie de revuelta o situación de rebeldía, nada más lejos de la realidad, esto ha sido una estratagema bien planeada desde el

principio por el Govern. Desde un primer momento, se ha buscado exactamente que ocurriera esto, se ha buscado la foto de la policía (española) apaleando indiscriminadamente a los pacíficos ciudadanos catalanes, se ha hecho mención específica a que nadie tratara de resistir activamente y se han silenciado los pocos actos de resistencia activa y lucha contra la policía, mientras que las imágenes de la brutalidad policial han sido ampliamente difundidas por todo el mundo. Aquí los anarquistas (y el resto de los que han participado en esta farsa) han sido poco más que los tontos útiles, quienes han servido de carnaza para llevarse los palos y salir en la foto, todo como se ha visto después ha sido una maniobra política del Govern para intentar legitimarse y atraer la atención del mundo, siendo a última hora que ni hubo declaración de independencia ni nada realmente rupturista con el estado español, si no propuestas de diálogo y negociación. Y así sucedió que hemos visto anarquistas votando, o haciendo campaña a favor de ir a votar, como si fuera algo “rebelde” el participar en un evento organizado y dirigido desde arriba, con la única utilidad de legitimar las instituciones existentes y futuras.

¿Y qué decir sobre la “huelga general” pactada, controlada y organizada desde las instituciones y la patronal? Una huelga que fue un desfile patriótico de trapos, pacificada a la fuerza de insinuar rumores y amenazas, incluso por parte de los anarquistas y la izquierda “radical”, haciendo llamamientos a estar atentos a los “infiltrados y provocadores” y a expulsar de las movilizaciones a cualquiera que vaya encapuchado o que no tenga una actitud “apropiada”. Así hemos visto a los buenos ciudadanos chillando “som gent de pau” y dando vivas a la policía catalana como buenos borreguitos mientras insultaban, expulsaban de las movilizaciones e incluso agredían a quienes no cumplieron con el dogma del buen manifestante.

La consigna era clara: Nada de violencia, nada de encapuchados ni bloques negros, nada de provocaciones ni de responder a la policía ni a las bandas de fachas españolistas que han estado dando palizas por toda Barcelona. Nada que no sea paseo bajo el son del himno patrio y las banderas esteladas, símbolos de la “liberación” de un pueblo sin miedo, que todo salga según lo planeado. Y si hay violencia, hay que dejarse apalear para que todo el mundo vea al día siguiente en las portadas de los diarios y las noticias del mediodía quienes son los buenos demócratas pacíficos y quienes son los malos represores fascistas, pase lo que pase hay que seguirle el juego al Govern.

Conclusiones:

Algunos han llegado a catalogar esto como revolución, pero si esto es realmente una revolución, es sin duda una revolución ciudadanista liberal-democrática. Aunque algunos se hagan ilusiones o nos traten de vender la moto diciendo que la independencia es la única solución o el remedio definitivo a todos los males que nadie tenga expectativas de ninguna emancipación real ni de liberación ni de cambiar absolutamente nada más que el color del trapo que ondea. De todos modos, en nuestra opinión, estas movilizaciones tienen fecha de caducidad, habiéndose producido el “momentazo” los primeros días de Octubre, ahora llega el bajón junto con la bajada de pantalones del Govern. No diremos que todo vuelve a la normalidad porque la normalidad nunca se fue, el orden vigente no se rompió, de hecho, salió fortalecido. Este es el verdadero ganador de este paripé, el Estado y las instituciones. Quizás nos equivoquemos y realmente haya una escalada que no podemos predecir, pero si esto se produce, los anarquistas deben saber salir a la calle con un discurso propio, con fuerza y sin miedo de atacar y sacar los dientes contra quien sea que se ponga enfrente, evitando caer en la trampa ni ser marionetas en manos de intereses estadistas ni nacionalistas, evitando hacer el juego al asco patriótico, aunque se disfrace de “rebelde” o “anticapitalista”. Salir a la calle. Aprendamos de los errores y de las lecciones que la historia lejana y cercana nos ha dejado y seamos cuidadosos a la hora de elegir amigos. Lo más provechoso de todo este asunto sería la capacidad de hacer que la situación se desborde y crear las tensiones necesarias para escalar a un nuevo nivel del conflicto, no sólo contra el estado español o el gobierno catalán, sino contra el mundo que crea y necesita los estados y naciones.

¡Abajo todos los estados, todas las patrias, todas las naciones!

¡A romper la paz social!

Sobre el procés, patria, independencia y estado:

La oligarquía burguesa catalana, teledirigió el procés de vinaros, a fin de ir seleccionando a jóvenes de clase media-baja, para marcar a fuego en sus cerebros, la Catalunya burguesa y sus principios, a la par que introducía el mensaje nacionalista, para que lo propagaran con grandes palabras (patria, democracia, independencia y estado), después los titularon en las universidades, para que luego volvieran con los de su clase ahora ya si falsificados. Estas mentiras vivientes, nada tienen que decir al pueblo obrero, son un eco de la elite dominante y sus aliados la oligarquía burguesa catalana.

La burguesía catalana considera a los obreros, de envidiosos, taimados y perezosos y al lumpen de desquiciados, tarados, perturbados y ladrones, para así justificar la intimidación que ejerce su guardia pretoriana, “los mossos”, la represión que llevan cotidianamente en las calles es bien evidente. Hace gracia que los CIU, si alineen votando con el PP, la impunidad democrática de “los seguratas”; los cuerpos represivos tienen la misión de ir haciendo realidad, que los precarios, marginales, vendedores ambulantes e inmigrantes queden reducidos al nivel de monos superiores, para que la burguesía catalana tenga la coartada para legalizar la impunidad democrática y así tratarlos como a bestias.

Con esa violencia, la élite dominante y su aliada la oligarquía burguesa catalana, trata estratégicamente, en mantener a la clase obrera en actitud de respeto a la jerarquía, y que sufra el desafecto hacia sí misma, para ir

deshumanizándola a través del paro, la precariedad, la malnutrición y la brutalidad policial.

Desnutridos, enfermos, embrutecidos, atrofiados, y si aun así se resisten al miedo, actuarán los cuerpos represivos, con toda la brutalidad que le da la impunidad legalizada y democrática, y así poco a poco, la clase obrera va cediendo y dejando de ser humanos. La vergüenza, el miedo, la culpabilidad y la falta de autoestima, va quebrando lo mejor del pueblo obrero, a desintegrarlos como personas. Todo se va haciendo con expertos, y entre estos, los jóvenes universitarios falsificados tienen un papel estelar son el instrumento de los servicios psico-sociales de la estrategia de la elite dominante.

El pueblo obrero, golpeado, subalimentado, enfermo, aterrorizado, termina traumatizado y ya no siente empatía por la gente precaria, marginal e inmigrada, y es incapaz de ver a la burguesía, la patria y el estado como sus verdaderos enemigos, y en cambio se somete a la visión de la clase política de los partidos políticos, y comienza a ver al lumpen como gandules, inmorales, ladrones, tarados que viven de cualquier cosa y que solo merecen la represión de la fuerza. Y es aquí donde el pueblo obrero deslumbrado por los títulos universitarios de los jóvenes falsificados, entra en contradicción, y se niega a sí mismo como proletariado, pero al no ser posible la negación de uno mismo cae en la frustración y en las inacción.

La patria burguesa y el estado demócrata, tienen la necesidad de seguir explotando a los parados, precarios, marginales e inmigrantes y no puede llevar la matanza al genocidio y la servidumbre al total embrutecimiento y atrofia, y en esta contradicción lleva a los obreros a perder el control sobre sí mismos, al tener que abandonar lo mejor de ellos sus principios libertarios y encaminarse a su autodestrucción.

El ocultamiento profundo de la rabia de los oprimidos, se convierte en el último reducto de su humanidad, y esa furia contenida, que al no estallar, se gira en redondo y daña a los propios oprimidos, que ahora cegados por la patria y la ilusión de un nuevo estado, tratan de liberarse y se dejan liderar por los jóvenes universitarios falsificados y comienzan a enfrentarse entre sí, para de esa forma evitar enfrentarse al verdadero enemigo, y bajo la mirada guasona de la oligarquía burguesa catalana, van acelerar el proceso de deshumanización que querían evitar, e intentan protegerse con barreras sobrenaturales y de cariz religioso de banderas, patrias, estados, a los que no pueden decir no, y de esa violencia que no se atreven a cometer, llega la inducción de los jóvenes universitarios falsificados con sus mensajes repe-

titivos de grandes palabras, (“patria, democracia, independencia, estado”), para que vayan entrando en trance, un trance que como hecho religioso se convierte en una ilusión contra la desesperanza y la frustración, y los mitos sagrados de la patria descienden sobre el pueblo obrero y lo gobiernan para que interiorice la violencia y la gaste en el trance hasta el agotamiento.

El agotamiento queda reflejado en la foto del honorable verdugo de las retalladas, rodeado de la izquierda (republicana, comunista y radical independentista), desde donde lanza la voz del Govern reaccionario donde los haya, felicitando al pueblo ahora ya no obrero sino patriotero, y anunciando la próxima liberación, que consistirá en más explotación, mas miseria y represión, eso sí amenizado con la música repetitiva y continua de las grandes palabras (patria, democracia, independencia, estado), para que así los jóvenes universitarios falsificados lo lleven de nuevo al trance y al agotamiento, y la elite dominante se siga perpetuando.

